

ARQUITECTOS:

Alejandro Aravena
Charles Murray
Alfonso Montero
Ricardo Torrejón

COLABORADORES:

Emilio de la Cerda

PROMOTOR

Universidad Católica de Chile

FOTÓGRAFOS:

Javier Lewin
Víctor Oddo (maqueta)
Ricardo Torrejón (render)

Se nos encargó hacer una torre de vidrio que albergara todo lo que tenía que ver con los computadores de la universidad, lo que presentaba tres problemas: los computadores, el vidrio y la torre. La pregunta que nos hizo la universidad era si, con los nuevos computadores, iba a cambiar sustancialmente la manera de enseñar y, por tanto, las tipologías arquitectónicas de los espacios educativos; nos preguntaban, ¿tiene sentido todavía hablar de salas ahora que estamos ubicuamente conectados? El tema de los computadores tiende a basarse en una fe un poco desmedida, pensando que van a cambiar radicalmente nuestra vida. Eventualmente lo han hecho y lo seguirán haciendo, pero queríamos ponerlo en duda. Y nuestra respuesta se dividió en "Sí" y "No".

No cambia, porque nada va a reemplazar a la más arcaica y efectiva manera de transmitir conocimiento de una generación a otra: mediante buenas conversaciones entre personas (da igual que sea entre maestro y discípulo o entre estudiantes). Creíamos que la manera más convencional de enseñar, está condicionada por las normas (iluminación, visión, acústica). En cambio, el aprendizaje informal no lo cuida nadie y nos pareció que ahí había oportunidad de proyecto. Para ello pensamos que la placa de la torre podía asumir la forma de planos inclinados de madera en los cuales echarse entre horas de clases, a tomar el sol o la sombra. El espacio de nueve alturas entre la torre de cemento y la de vidrio lo concebimos como la magnificación de la "conversación de pasillo". Y en ese sentido no sólo nos parecía que da lo

mismo si el aula cambia o no; que lo que debíamos hacer era movernos tan atrás como fuera posible, hacia formas primitivas de ser y estar. Donde si nos pareció que había un cambio era en el paradigma del buen lugar de estudio y de trabajo, el cual es normalmente visto como un lugar bien iluminado. Ahora que hay computadores, de lo que se trata es de construir una buena penumbra que elimine el molesto reflejo sobre las pantallas. La luz no debe llegar a nuestros escritorios, porque sale desde ellos. Por eso enterramos la placa de la torre y para ello redujimos las aberturas de la torre a su mínima expresión.

El segundo problema consistía en que hacer una torre de vidrio en Santiago implica hacerse cargo del efecto invernadero. El presupuesto disponible no nos permitía comprar un muro cortina que fuese capaz de resolver de una vez todo el conflicto. Y aún cuando hubiésemos podido pagarlo, una piel de vidrio te obliga a tener equipos de aire acondicionado, que también son muy caros. Por último, el vidrio espejo no nos atraía demasiado para la fachada.

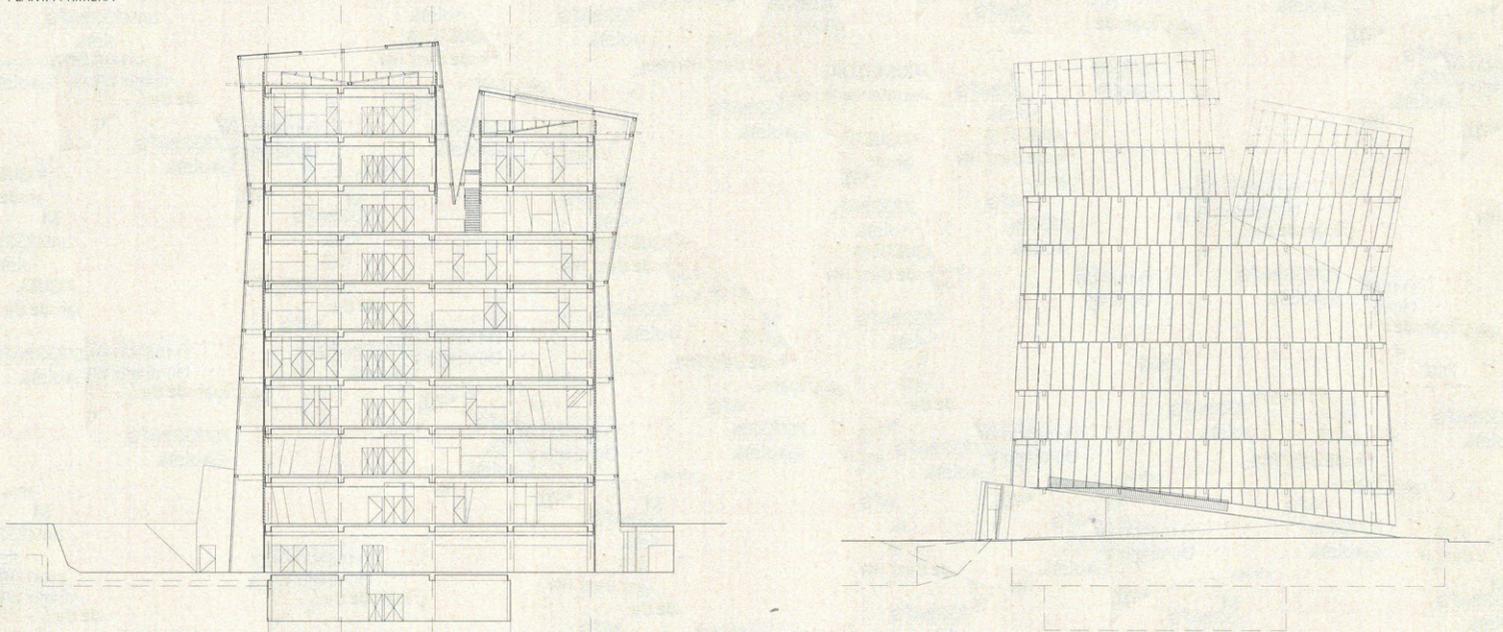
Entonces, en vez de pensar en una piel que hiciera todo el trabajo (resistir la intemperie, la lluvia, la contaminación, el envejecimiento, regular la luz y controlar las pérdidas y ganancias energéticas), pensamos que sería más económico hacer varias pieles en que cada una fuese buena para una cosa a la vez. Así fue como proyectamos una piel exterior de vidrio corriente, muy mala para el control energético, pero

excelente para resistir el polvo, la lluvia y el envejecimiento. Por dentro proyectamos un edificio de fibrocemento, muy malo para resistir la intemperie, pero muy bueno desde el punto de vista térmico. Entre ambos: aire. Todo lo que había que hacer era evitar que el efecto invernadero que se genera detrás del primer edificio de vidrio, llegase al segundo edificio de fibrocemento. Para ello dejamos que el espacio entre los dos edificios se comportase como una chimenea perimetral que por medio de convección dejase salir el aire caliente por arriba. La piel de vidrio no llega al suelo, dejando entrar aire fresco en la base; un viento vertical, que se acelera por efecto Venturi en los "acinturamientos" de la torre, sale por una superficie equivalente dejada en la parte superior.

Por último estaba el problema de conseguir una torre: la superficie con que contábamos era sólo de 5000 m². Por más que achicáramos las plantas para obtener una proporción vertical, la forma resultante era más bien "gorda" o de textura gruesa, por decirlo de alguna manera. Lo único que se nos ocurrió entonces fue partir el edificio en dos partes a partir del séptimo piso. Cada uno de los cuerpos resultantes fue construido usando perfiles de aluminio de distinto color, los cuales prácticamente carecían de espesor. Buscábamos que frontalmente el edificio se leyese como un único volumen bicéfalo, pero que en escorzo dada la diferencia cromática de los perfiles, se pudiese leer como dos torres, cada una de ellas efectivamente verticales, las cuales compartían gran parte de su cuerpo, como si se tratara de estructuras siamesas.



SECCIÓN LONGITUDINAL Y
ALZADO FRONTAL.
EN LA PÁGINA ANTERIOR,
PLANTA PRIMERA





ALZADO LATERAL Y
SECCIÓN TRANSVERSAL

